

gativa. Al cabo de seis semanas enteras vendiéronse los dos esposos á sí mismos, y poseídos del dolor de sus pecados los confesaron á los pies del Santo, abrazándolos y vertiendo copiosas lágrimas. Púsoles las manos en la cabeza, hizo en ella la señal de la cruz, y les prescribió limosnas, oraciones y ayunos: en seguida entró en el palacio y comió allí. Estableció su silla en Frisinga, donde la muerte puso fin á sus días doce años despues, es decir, el de 750. Habia establecido monges para celebrar los oficios divinos aun en la catedral.

Era este el medio mas comun y el mas conveniente en efecto para conservar la piedad y la ciencia de la Religion entre los nuevos soberanos de los vastos paises en que se dividia el imperio. De estos monasterios salian los doctores, los pastores de los pueblos, los conservadores de las costumbres y de la Religion. Ya se ha visto cuántos varones escelentes produjeron estos piadosos y sábios asilos aun en solo las islas británicas, las cuales nunca mejor que entonces merecieron el nombre de tierra de los Santos. Despues de los Columbanos, Wilfridos, Ceolfridos, Benitos Biscops y Bonifacios, apareció Beda, llamado el Venerable por escelencia entre los monges mas santos, á quienes por lo regular se daba este nombre (1).

Nació en el año 673, en el pais de Nortumberland, en los confines de la Escocia, y á la edad de siete años le pusieron sus padres en el monasterio de Viremouth, gobernado á la sazón por San Benito Biscop. Allí recibió su primera educacion, y despues pasó bajo la direccion de San Ceofrido á Jarrou, donde vivió el resto de sus dias. Toda su vida fué una alternativa de estudio, de meditacion de las santas Escrituras y de ejercicios monásticos; es decir, el canto de los Salmos

(1) *Act. SS. Bened. tom. 4, pag. 353 et seq.*

y el trabajo de manos del que á nadie se exceptuaba en aquel monasterio. Aprendió las lenguas griega y latina, la versificacion, el arte del canto, siempre muy apreciado, y las ciencias abstractas. Ordenóse de diácono por efecto de una dispensa digna de su mérito á los diez y nueve años, no obstante que los cánones exigian veinticinco; y á los treinta recibió el sacerdocio por pura obediencia á su abad.

Al punto que le ordenaron sacerdote se dedicó en particular á comentar la Sagrada Escritura. Las muchas personas distinguidas que le empeñaron á emprender la mayor parte de sus obras, son una prueba del grande aprecio en que se le tenia. Despues de haber explicado las Epístolas de San Juan y el Apocalipsis, explicacion que dedicó á Huberto, abad entonces de Jarrou, pasó á interpretar los Hechos de los Apóstoles por orden de Aeca, su obispo. Explicó el Evangelio de San Lucas y las treinta cuestiones sobre los libros de los Reyes á petición del sacerdote Northelmo, que llegó á ser arzobispo de Cantorberi. Unió á esto un comentario en forma sobre el libro de Samuel ó el primero de los Reyes: explicó luego el Evangelio de San Marcos, las Epístolas de San Pablo, todas las Epístolas llamadas canónicas y la mayor parte de los libros santos: obras sólidas, no solo fundadas en la tradicion, sino recogidas casi todas, con un trabajo admirable, de los escritos de los Padres, y en particular de San Agustin.

Le instó á que emprendiese la historia de la Iglesia de Inglaterra el abad Albino, discípulo de San Teodoro de Cantorberi, el cual instruido á fondo de lo concerniente á la iglesia primacial de Inglaterra y á todos los paises vecinos, facilitó al escritor escelentes documentos. Registró en los archivos romanos las cartas originales de San Gregorio y de otros Papas, á fin de averiguar la verdad mas exacta. El sabio Daniel,

obispo de Vinchester, suministró las noticias necesarias con respecto á las iglesias de Sussex y de Ouessex: es decir, de las provincias occidentales y meridionales y de la isla de Wight. Los obispos Ceddi y Ceada, el abad Elias y los monges de Lestington, participaron las noticias tocantes á los ingleses orientales y á los mercienses. Para la historia de los ingleses del norte ó de Nortumberland, que era el pais del historiador, sabia él bastante por sí mismo; pero esto no obstante, consultó ademas con una multitud de sabios, principalmente con los monges de Lindisfarne. Procedian desde entonces con esta madurez los doctos ingleses en la averiguacion de la verdad que intentaban presentar al público. Beda dedicó su historia al rey Ceodulfo, y la dividió en cinco libros. El primero principia desde la entrada de Julio Cesar en la Gran Bretaña, y llega hasta la muerte de San Gregorio el Grande; por donde se ve que el historiador no se concreta á las cosas de la Religion, aunque estas formen su objeto principal. Los otros cuatro libros contienen lo que aconteció desde San Gregorio hasta el tiempo en que escribía el autor. De esta rica fuente hemos sacado lo que nos ha parecido mas digno de atencion en esta parte edificante de la historia eclesiástica de Inglaterra.

Beda unió á esta historia un compendio cronológico, que marca las fechas de los principales acontecimientos y concluye como ella en el año 754; lo demas se añadió despues. Compuso en particular la historia del doble monasterio de Viremouth y de Jarrou, con el título de la vida de sus cinco primeros abades, y en ella nos refiere circunstancias bastante particulares de los últimos tiempos de San Ceolfrido.

Viendo este abad célebre que su edad avanzada no le permitia ya instruir por sí mismo á sus muchos discípulos, ni asistir

con frecuencia segun su costumbre á todos los ejercicios regulares; despues de haber reflexionado con prudencia, creyó que interesaba á la gloria de Dios hacer nombrar otro superior, y continuando entre los ingleses la afición á las peregrinaciones, formó la resolucion de ir á acabar sus dias en Roma, adonde en su juventud habia acompañado á su maestro San Benito Biscop. Sus religiosos, tanto por la ternura de su afecto y por lo que sentian perder de vista á este digno padre, cuanto por la inquietud que les causaba un viage tan largo, emprendido á los setenta y cuatro años, hicieron los mayores esfuerzos para detenerle, llorando y abrazándole las rodillas. Estos sentimientos no hicieron mas que avivar sus deseos de partir, temiendo que los señores del pais, en donde era universalmente querido, vienesen á unirse con sus súbditos y le detuviesen por fuerza. Con esta mira á los tres dias de haber manifestado su designio, procedió á ponerlo en ejecucion. Juntáronse muy de mañana en la iglesia, se celebró el santo sacrificio de la misa, comulgaron todos los asistentes, y subiendo despues el santo anciano á las gradas del altar, con un incensario en la mano, les exhortó á que procurasen exhalar constantemente el buen olor de Jesucristo, y les dió la paz. Luego cantaron las letanias, que fueron interrumpidas muchas veces con los sollozos de los hermanos congregados en número de seiscientos de las dos casas de Viremouth y de Jarrou, y entraron luego en una capilla doméstica en que se despidieron para siempre. Le acompañaron hasta las orillas del rio con cruz y ciriales encendidos que llevaban los diáconos; se hincaron de rodillas, y estuvo un rato en oracion; empezaron con mas fuerza que nunca los llantos y gemidos, y se apresuró á partir con aquellos que habia escogido para que le acompañasen. Todos los demas volvieron al monasterio: y al



instante eligieron unánimemente por abad al monje Huberto, el cual corrió en seguida á ver á San Ceolfredo, y sujetó enteramente á su dictámen la elección. No solamente la confirmó el Santo, sino que haciendo el primer acto de sumisión á la autoridad del nuevo abad, recibió de él una especie de carta testimonial ó comendaticia para el Sumo Pontífice. Mas al atravesar por Francia, cayó enfermo, y murió en Langres el viernes 25 de setiembre del año 716.

Beda nos enseña (1) que en este mismo año los monjes irlandeses de la isla de Hi dejaron al fin la singularidad de sus usos, cediendo á las persuasiones de San Egberto, inglés de nación y descendiente de familia ilustre, el cual abrazó la vida monástica en Irlanda, y luego llegó á ser arzobispo de York. Habiendo pasado á visitar á los monjes de Hi, fué recibido con el honor debido á su nacimiento, y mucho mas á su capacidad y virtud. Se aprovechó del crédito que tenía para inclinar á aquellos buenos solitarios á que abandonasen en fin los usos que les daban cierto aire de eisma, tanto por lo tocante á la tonsura, cuanto por lo respectivo á la celebración de la Pascua. De este modo la iglesia británica renunció enteramente una temeridad caprichosa que durante tanto tiempo echó una mancha en sus mas relevantes virtudes.

En el año tercero del obispado de Egberto recibió del venerable Beda este prelado una larga carta en forma de instrucción, que es un monumento precioso de la tradición y de las costumbres antiguas de la iglesia británica. Habiendo pasado el piadoso doctor algunos dias el año antecedente en dar sus instrucciones en el monasterio de York quedó el obispo tan prendado de él, que le convidó á volver cuanto antes, para

continuar ayudándole con su doctrina y sus luces. Impedido el doctor por una enfermedad de la cual murió, segun se presume, le escribió con aquel estilo de que puede hacer uso un Santo próximo á morir cuando escribe á otro Santo.

«Ante todas cosas, dice (1), evitad las conversaciones profanas y aplicaos segun vuestro estado á la meditacion de las divinas Escrituras, principalmente de las Epístolas de San Pablo á Timoteo y á Tito, de la Pastoral de San Gregorio y de sus homilias sobre los Evangelios. Si es sacrilegio emplear los vasos sagrados en los usos comunes de la vida, ¿no lo será tambien entregarse al salir de la iglesia á palabras y acciones indignas del sagrado carácter episcopal? No hagáis, pues, lo que ciertos obispos á quienes solo se les ve acompañados de gentes de placeres y glotonas: procurad llevar siempre en vuestra compañía personas capaces de ayudaros á sostener el peso terrible de vuestra dignidad y á preservaros de sus profundas caídas. Respecto á que vuestra diócesis es tan grande que no podeis visitarla toda en el discurso del año, estableced sacerdotes en cada lugar para que instruyan al pueblo y administren los sacramentos, y encargadles sobre todo que tengan cuidado de que los fieles sepan de memoria á lo menos el símbolo y la oración dominical, y que los que no entiendan el latin, aprendan estas cosas en su propia lengua, ya sean legos ó eclesiásticos, pues á este fin las he traducido en inglés.

«Dicen, prosigue Beda, que hay muchos lugares en las inaccesibles montañas de nuestra nación, en los cuales no se ha visto jamás obispo que ejerza sus funciones, ni ministro que instruya de su parte. ¿Por ventura alguno de estos lugares está tan extraviado que por ello se exima de pagar el tributo á su prelado? Asi pues, lejos de dar graciosamente, segun el precepto de Jesucristo, lo que graciosamente se ha recibido, se recibe sin dar cosa alguna lo que él ha prohibido tomar en cambio. El

(1) Bed. Lib. 3 hist. cap. 23.

(1) Bed. Epist. pag. 36 edit. Paris. ann. 1666.

mejor medio de remediar todos los desórdenes, es aumentar los obispos. Asi el Papa San Gregorio escribiendo al arzobispo Agustín mandó instituir doce obispos de los cuales el de York fuese el metropolitano. Nada podreis hacer mejor que poner en ejecución este designio, á lo cual accederá gustosamente nuestro piadoso príncipe el rey Ceodulfo. Si por las donaciones inconsideradas de los reyes precedentes no fuese fácil hallar lugares proporcionados para este número de Silas, podrá tomarse á este efecto un monasterio, y para obviar reclamaciones de los monjes se les permitirá nombrar el obispo, bien en el mismo monasterio, bien en el territorio destinado para la nueva diócesis.

«Lo que mas os debe empeñar á tomar este partido, es el número infinito de lugares que tan impropriamente tienen el nombre de monasterios, pues no hay en ellos observancia monástica. Sabeis tan bien como yo, que de mas de treinta años á esta parte algunos mundanos sin experiencia ni celo de la vida regular han obtenido de los soberanos con pretexto de fundaciones religiosas varias posesiones que han procurado asegurar á sus herederos. Allí viven con plena libertad y frecuentemente con suma licencia en compañía de sus mugeres é hijos, contentándose con recoger allí algunos monjes vagabundos, espulsados de las casas de religion, y algunas veces aun á sus propios súbditos á quienes hacen tomar el hábito de religiosos y prometer obediencia. Confieren á sus mugeres iguales prelacias de las comunidades religiosas de su propio sexo; abuso igualmente ridiculo que escandaloso, y que los hace á un mismo tiempo superiores de monjes y gobernadores de plazas. Seria, pues, de la mayor importancia emplear en lo que he dicho semejantes establecimientos que solo causan risa y escándalos, y que á lo menos son muy inútiles á la Iglesia y al Estado.

Después de haber exhortado Beda al arzobispo á reformar este abuso que reinaba en otras partes del mismo modo que en Inglaterra, y aun después de mucho tiempo, le encarga enseñe y haga enseñar á los ingleses, como un punto de los mas impor-

tales de la vida cristiana, cuán útil sea el comulgar á menudo á ejemplo de la Italia, de la Galia, del Africa, de Grecia y de todo el Oriente. «Pero entre nosotros, prosigue, los legos viven tan distantes de esta loable y saludable costumbre, que los mas piadosos solo comulgan por Navidad, por la Epifanía y por la Pascua, aunque hay una infinidad de personas del uno y del otro sexo y de todas edades cuya vida es muy pura, y que podrian comulgar todos los domingos y en las fiestas de los Apóstoles y mártires como lo habeis visto practicar en Roma.

Entre las diferentes obras de Beda, el libro de las seis edades del mundo le ocasionó censuras muy vivas de algunas personas cuyo celo era mas ardiente que ilustrado. Toda la acusacion versaba sobre que Beda, prefiriendo con San Gerónimo el original hebreo de la Biblia á la version de los Setenta, contaba menos de cinco mil años desde la creacion del mundo hasta el nacimiento de Jesucristo. Las censuras llegaron sin embargo hasta la nota de heregia, de la cual el docto cronologista creyó deberse justificar seriamente. Lo verificó en una carta apologética dirigida al monje Pleguino, en la cual espone los fundamentos sólidos de su opinion. Destruye al mismo tiempo la preocupacion vulgar y entonces muy comun, de que el mundo debe durar seis mil años; y establece por máxima general, que nadie debe emplearse en pretender conocer el tiempo del fin del mundo que Dios ha querido tenernos oculto.

Además de esto, tenemos de Beda un martirologio, las vidas de diferentes Santos, algunos tratados del bisieito y del equinoccio, género de estudio muy apreciado entonces á causa de las disputas sobre la Pascua; y otras muchas obras menos importantes, á las cuales se han añadido muchas que no son suyas. Asi encontró medio de pasar sus dias en la paz y en la inocen-